

INTERVENCIÓN DEL MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES DE
SERBIA Y MONTENEGRO VUK DRASKOVIC
EN LA CONFERENCIA OSCE
sobre Antisemitismo y sobre otras formas de intolerancia
Córdoba, 8. junio de 2005.

Señor presidente del Gobierno,
Excelencias,
amigos,

Tengo el honor de tomar la palabra, en el nombre de Serbia y de Montenegro, en esta reunión muy importante, que se celebra en el momento oportuno y en el lugar adecuado.

El mundo acaba de celebrar el 60 aniversario de la victoria sobre el nazismo y el fascismo. La preocupante propagación del Antisemitismo y de otras formas de odio basadas en la religión, nacionalidad o raza nos indica que, sin embargo, estamos celebrando una victoria que victoria no es, porque el mal no ha sido vencido.

En la entrada en el infame campo de concentración Buchenwald se izó a tiempo la advertencia: ¡se repetirá si olvidamos!

Lamentablemente, muchos han olvidado Auschwitz y Mathausen y Buchenwald y Yasenovac, las más grandes fábricas de exterminio de gente por la simple razón de haber nacido. Agradecemos, ante todo, a las organizaciones judías a lo largo del mundo, pues de no habernos recordado en forma perseverante y permanente de ese *Magnum crimen*, el Holocausto, las dimensiones del olvido de nuestra generación serían mucho mayores y más peligrosas.

El Estado en el que yo nací inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, y que ha sido destruido en el último decenio del siglo XX, es un ejemplo que ilustra bien el crimen del olvido de crímenes. Serbios, judíos y romá se vieron expuestos al exterminio biológico, pero el poder comunista posbélico, que celebró con pompa la victoria sobre el nazismo, no se ocupó siquiera de hacer una lista de las víctimas del nazismo, de modo que obtenemos esos datos por conducto del *Jad Washem* en Israel.

Ocultar los crímenes o cambiarles el nombre por el de conflicto ideológico ha traumatizado los descendientes de las víctimas y fomentado las fuentes espirituales del mal. Así nos sucedió que revivieron y se repitieron los

horrores que creíamos enterrados en mayo de 1945, cuando los nazis capitularon ante los grandes aliados.

Nosotros, serbios y montenegrinos, junto a los judíos, rusos y polacos, las mayores víctimas de la monstruosa idea de la época de Adolf Hitler y de sus aliados, en las guerras por la destrucción de Yugoslavia hemos sufrido una desgracia particular. En el nombre de nuestro pueblo, y bajo el pretexto de la revancha por los crímenes antiguos y nuevos de otros contra nosotros, han sido cometidos crímenes contra nuestros vecinos y hermanos de otra religión sin precedente en nuestra historia y nuestra tradición. Sufro hondamente por ello. En este país del eterno Cervantes y del eterno García Lorca, hago hincapié en la vigencia eterna también de nuestra denuncia y repudio de todos los que hayan tomado parte en esos crímenes.

Al inclinarme ante las víctimas de la matanza de Srebrenica, yo me inclino también ante las víctimas de Jasenovac, Auschwitz, Mathausen, Buchenwald, el Geto de Varsovia... Me inclino ante las víctimas en Nueva York, en Madrid, en Moscú, en Beslam, en Kosovo, Dar es-Salaam, en Jerusalén, a lo largo de este mundo nuestro, uno y único.

Rindo homenaje a todos los organizadores y participantes a esta conferencia, y en particular al presidente del Gobierno de España Señor José Luis Rodríguez Zapatero, el ministro de Asuntos Exteriores de España Miguel Ángel Moratinos y al presidente en turno de la OSCE, ministro Dimitrije Rupel. Los problemas de desarrollo, económicos y sociales de nuestra época no pueden echar a la sombra los valores morales, porque ni el individuo ni la humanidad dependen solamente del pan y de la tecnología. Por eso creo que esta reunión y similares reuniones temáticas van a fortalecer espiritualmente y alentar a los hombres en el mundo para que se opongan al Antisemitismo, y al Anticristianismo y al Antiislamismo y a toda forma de odio y de intolerancia, pues esas son las principales fuentes y de las guerras y del terrorismo y de todos los demás crímenes.

Reuniones de este tipo, espero, animarán a los dirigentes e instituciones de la comunidad internacional, y asimismo a los líderes albaneses de Kosovo y Metohija, a denunciar y repudiar enérgicamente y sin reservas los crímenes contra serbios, montenegrinos, judíos y otros no-albaneses cometidos en los últimos cinco años ante los ojos y en presencia de la fuerza militar y los organismos civiles de las Naciones Unidas. La expulsión de más de 200.000 serbios, el asesinato de centenares de civiles, entre los cuales hubo muchos niños, el incendio de 150 iglesias y monasterios que llevaban siglos allí, son un ejemplo del crimen basado en el odio de índole nacional y religiosa.

Mientras el régimen de Slobodan Milosevic cometía crímenes contra los albaneses, motivados étnicamente, me puse a la cabeza de la conciencia del pueblo serbio en las protestas y la condena más enérgica.

El mal y el pecado, en primer lugar, deben ser derrotados en nosotros. Gracias.